

Tienes además los ojos
 más bellos del mundo; al verte,
 se rinden los corazones.
 Niña mía ¿qué más quieres?

A tus ojos he rimado
 mil canciones diferentes
 que nunca perecerán.
 Niña mía ¿qué más quieres?

Con tus bellísimos ojos
 me vas causando la muerte
 de una manera insensible.
 Niña mía ¿qué más quieres?

LVII.

Quien sin ser correspondido
 ama por la vez primera,
 es un héroe, un dios quizás;
 pero quien ama abatido
 otra vez de esa manera,
 es un tonto y nada más.

Yo, por mi negra fortuna,
 amo sin que me desvíen
 el desprecio ni el desden.
 Los astros, el sol, la luna
 á carcajadas se ríen;
 yo río... y muero también.

LVIII.

Buenos consejos y advertencias buenas
 de mis amigos todos recibí;
 recibí á manos llenas
 para consuelo de mis grandes penas
 pruebas de afecto y de interés por mí:
 ¡Paciencia! me decían
 los que otorgarme protección querían.

Pero con tanta protección, no obstante,
 bien hubiera podido haberme muerto
 si un hombre fiel, intrépido, arrogante
 no me hubiera amparado en mi desierto.
 ¡Hombre intrépido y fiel! agradecido
 le estoy, porque por él no he sucumbido.
 Mi gratitud sincera
 eterna será siempre como es hoy;
 mas no puedo abrazarlo aunque quisiera,
 porque... el hombre que obró de esa manera
 yo mismo y nadie más, yo mismo soy (1).

(1) En los grandes percances de la vida no puede uno abrazar á su salvador con la efusión del agradecimiento, porque es uno mismo el que se saca de sus aprietos. Los demás recomiendan paciencia. El pensamiento de estas estrofas es una amarga verdad y un saludable consejo: que no fiemos más que en la propia iniciativa.

LIX.

Sueño que soy Dios yo mismo:
 allá arriba, en las esferas
 celestes, ocupo el trono
 y sentados me rodéan
 los ángeles entonando
 mis composiciones métricas.
 Cómo sin tasa pasteles
 y confituras diversas,
 bebo Málaga y no tengo
 ni obligaciones ni deudas;
 y sin embargo el hastío
 de modo tal me atormenta,
 que de nuevo prefriese
 hallarme sobre la tierra
 y que á no ser todo un Dios,
 al mismo diablo me diera.
 —«Tú, Gabriel, exclamo entónces,
 arcángel de largas piernas:
 anda pues, ponte en camino
 y vé á buscarme de priesa
 á mi digno amigo; no
 lo busques en academias
 ni en la universidad: búscalo
 en una oscura taberna
 de bebedores; no vayas
 en busca suya á la iglesia
 de Santa Eduvigis, sino
 á casa de alguna bella.»
 El ángel abre sus alas

y por el espacio vuela
 trayéndome sin demora
 á mi digno amigo, ó sea,
 á mi muy querido Bèngel.
 —«Sí, jóven, aquí me encuentras,
 le digo, siendo el gran Dios
 y gobernando la tierra:
 bien te dije que sabria
 el modo de hacer carrera.
 Aquí realizo milagros
 que te causarán sorpresa,
 y con el único objeto
 de que distraerte puedas,
 voy á labrar la ventura
 de la ciudad berlinesa.
 Quiero hacer que de las calles
 se rajen todas las piedras
 y en cada una se encuentre
 una ostra clara y fresca.
 Quiero que espeso rocío
 de limonada descienda
 y el mejor vino del Rhin
 manen las fuentes abiertas.
 ¡Cómo van á divertirse
 los berlineses! ¡Cuál llegan
 á regalarse! Ahí los tienes:
 esos señores que cuenta
 el áulico tribunal
 van á agotar con violencia
 los arroyos. ¡Qué felices
 van á hallarse los poetas
 con esta farsa divina!
 Los tenientes y banderas
 lamerán todas las calles.

Son la gente más discreta:
bien saben que tal milagro
no se ve así como quiera.» (1)

LX.

Del mes de Julio en los hermosos días
te dejé, y vuelvo á verte el mes de Enero.
Calor entónces por demás tenias:
hoy demuestras frialdad, y bajo cero
están tus manos, tus miradas frias.

(1) Estas estrofas producen á primera vista una impresion extraña. La excentricidad de Heine, llevado impetuosamente por ese espíritu innovador que no reconoce ley, ha comprometido su inspiracion y penetrado lo impenetrable. Los ensueños pueden crear todo género de extravagancias; la imaginacion puede llegar al absurdo; pero soñar que uno es Dios no es fácil que tenga ejemplo ni que, teniéndolo, deba ser consignado en ninguna literatura. Sueña el poeta que es Dios y que gobierna el mundo; los ángeles cantan sus versos; y aunque disfruta de una existencia cómoda y tranquila, se aburre como cualquiera de los mortales. Por medio de Gabriel, el *angel de las piernas largas* (lo que es sin duda un epigrama dirigido á los pintores y artistas que de este modo lo representan) llama á su lado á su amigo Bèngel, especie de *bohémio* de buen humor, á cuyos ojos realiza en la ciudad de Berlin raros milagros que no conducen sino á distraer á su amigo y á mofarse de los berlineses.

La alegoría no es, pues, irreverente. No se propone el poeta vulgarizar el cielo; ántes bien se vulgariza él mismo, que, ocupando un sólio altísimo para el hombre, no deja de ser por eso una criatura humana con todas sus pequeñeces, con sus hábitos, con sus miserias. No es más que el modo de ser de Heine trasformado en Dios bajo la fascinacion del sueño.

Pronto te dejaré; pero confío
en no volver á verte cual te dejo.
Entónces no tendrás calor ni frio:
pisaré tu sepulcro, y seco, viejo,
decrépito estará el corazon mio.

LXI.

De los lábios seductores,
de los dulcísimos lábios
de mi amada de mi alma,
hème aquí pues arrancado.
¡De qué buena gana hubiese
permanecido en sus lábios
y en sus brazos otro día,
una hora más!... Sin embargo,
llegó el postillon al punto
conduciendo los caballos.

Hé aquí pues, niña, la vida.
La vida es un trance amargo,
una despedida eterna,
un lamento sin descanso,
un adios que dura siempre.
¿No pudiera en todo caso
unirse tu pecho al mio
con más fuerza?... Tus rasgados
ojos tambien ¿no pudieran
retenerme con su encanto?...

LXII.

Permanecemos en coche
toda la noche los dos.
Hemos reposado, el uno
encima del corazón
del otro, alegres riendo.
Después, cuando apareció
la claridad matutina,
¡cuál no fué nuestra impresión!
Sentado estaba entre ambos
el viajero ciego, Amor.

LXIII.

¡Dios sabe donde está la niña loca!
A través de la lluvia duradera,
la maldición en boca,
héme corriendo la ciudad entera.

De fonda en fonda preguntando he estado
por ella á cada topo de criado.
De pronto, la descubro en su ventana
con risueño semblante.
¡Cómo pudiera adivinar, mi hermosa,
que habitáras palacio semejante?

LXIV.

Las casas todas se extienden
como tenebrosos sueños
en rectas y largas filas;
y yo, con mi capa envuelto,
por delante de ellas paso
sumergido en el silencio.

Son ya las doce en la torre
de la catedral; por cierto
la hora misma en que mi amada
me está esperando á pié quieto
con sus amantes hechizos,
con sus deliciosos besos.

La luna, mi amable guía,
ilumina con misterio
mi camino. Héme pues firme
ante el umbral que da ingreso
á la casa de mi amada,
prorumpiendo en estos términos:

«Gracias, oh luna, mi antigua
amiga, por el desvelo
con que mi oscuro camino
iluminan tus destellos.
Ya pues te despido, luce
ya del mundo para el resto.»

«Y si algun enamorado
encuentras que en el silencio

se queje de las torturas
de su corazón, consuélalo
como á mí me consolaste
en mis afligidos tiempos.»

LXV.

Y cuando llegues á ser,
niña mía, mi mujer,
será tu suerte de modo
que para tí sea todo
frivolidad y placer.

Ríñeme, enfádate, sí:
ten seguro que no acabas
nunca enfadándome á mí;
mas... si mis versos no alabas,
me divorciaré de tí.

LXVI.

He echado mi cabeza
sobre tu blanco seno como nieve,
y aquello que hace palpar tu pecho
lo puedo sorprender secretamente.

Los húsares azules
tocando en tanto las trompetas vienen
á hacer de la ciudad por la ancha puerta
su entrada bulliciosa cuanto alegre.

Mañana abandonarme,
mi amada de mi alma, sé que quieres;
mas hoy aun eres mía y en tus brazos
procuro ser dichoso doblemente.

LXVII.

Los húsares azules
cabalgan á compás
tocando las trompetas
camino á la ciudad.
Yo llego á tí, mi bien que tanto amo,
y de rosas de olor te ofrezco un ramo.

¡Terrible bataola!
¡Qué estrépito marcial!
¡Con qué fragor sonaban
las armas al chocar!
En tu pecho se hallaba aquel momento
más de un militar alojamiento.

LXVIII.

¿De amor cambiaste
tan de repente?
¿Tan mal me tratas?
¿Tan mal me quieres?
Al mundo entero
diré mil veces
la serie amarga
de tus desdeños.

¡Oh ingratos labios,
labios de sierpe!
¿Sois tan mudables,
sois tan crueles,
que vano olvido
sólo os merece
quien os besaba
tan locamente?

LXIX.

Hé aquí los ojos ¡ay! que me miraban
con amistad tan pura;
hé aquí los mismos labios
que colmaban mi vida de dulzura.

Tambien esta es la voz que oyera siempre
con sin igual agrado.

Yo soy quien no es el mismo;
sólo yo estoy del todo transformado.

Entre sus blancos brazos que me estrechan
movidos de pasión,
permanezco sombrío,
inmóvil, en su amante corazón.

LXX.

Que rara vez, amigos, en el mundo
nos hemos entendido, es evidente:
tan sólo al vernos en el lodo inmundo
nos hemos comprendido fácilmente.

LXXI.

Los castrados se quejaron
cuando levanté mi voz,
diciendo que era muy brusca,
muy grosera mi canción,
y cantando en coro todos
graciosamente, se oyó
su vocecita aflautada
con trinos de ruiseñor.

¡Era tan sutil, tan pura,
tan suave su canción!...
Cantaban de amor las ansias
y los goces del amor,
y lloraban las señoras
pasmadas de admiración
ante aquellas maravillas
que el arte humano creó.

LXXII.

Son los aires en los fuertes
de Salamanca halagüeños
y amorosos. En las noches
de verano, me paseo
por ellos con mi graciosa
doña en el mayor silencio.

Después de extender mi brazo
al rededor del esbelto

cuerpo de la hermosa dama,
mis afortunados dedos
sintiendo están la orgullosa
palpitacion de su seno.

Pero un murmurio se agita
por entre el follage espeso
de los tilos, y un sombrío
molino de agua siniestros
y tristes presagios gruñe
con malevolencia y duelo.

¡Ah, señora! Yo seré,
me dice el presentimiento,
de vos alejado en breve
por un arresto académico:
los fuertes de Salamanca
juntos ya no pasearemos.

LXXIII.

Cerca de mi casa vive
don Henriquez, á quien tengo
entendido que le llaman
el hermoso caballero.
Son nuestros cuartos vecinos,
una pared hay por medio.

De Salamanca á las damas
se les enardece el pecho
cuando pasa por la calle
el bigote retorciéndose,

resonando las espuelas
y con su jáuria de perros.

Sin embargo, por la noche
en las horas de silencio,
sentado está solitario
con la guitarra en los dedos,
alimentando en el alma
dulces y amorosos sueños.

A su sola fantasía
se abandona y pulsa trémulo
de la guitarra las cuerdas...
¡Ah! el zumbido, los acentos
de sus acordes me causan
náuseas y estremecimiento (1).

LXXIV.

No bien nos vimos cuando ya en tus ojos,
en tu voz comprendía
que á mí te consagrabas y eras mía.
Creo que á no estar presente
allí tu madre, tu maldita madre,
nos abrazamos instantáneamente.

(1) Sin duda en estas estrofas, como en las otras del mismo género, quiso Heine inspirarse en algun recuerdo de España, país que no llegó á conocer sino en libros. El hijo de Dusseldorf se trasforma en estudiante salamanquino, personifica sus amores en la graciosa *doña*, como dice el texto, y bosqueja un tipo de caballero antiguo, los acordes de cuya guitarra le provocan náuseas.

Y héme aquí pues que la ciudad mañana
dejaré, prosiguiendo mi viaje.
Mi rubita querida
me atisvará asomada á su ventana:
yo le enviaré mi amante despedida.

LXXV.

Ya sube el sol por la altura
de los montes. A lo léjos
óyense las campanillas
del rebaño de carneros.
¡Oh amada mía, sol mio,
mi dulce amor, mi cordero!
¡Cuánto anhelara yo verte
una vez más á lo ménos!

Levanto los ojos, miro,
y aunque sin certeza, espero
aún verla.—Adios, niña mía,
que de este país me ausento!
¡Vana esperanza, ninguna
cortina elevarse veo.
Durmiendo estará... y ¡quién sabe
si me consagra su sueño!

LXXVI.

En Hall (1), sobre la plaza del mercado,
dos enormes leones se levantan.

(1) Halle.

¡Ay! ¡De qué modo, intrépidos leones,
os han abozalado, os abozalan!

En Hall, sobre la plaza del mercado,
se levanta un gigante; lleva espada,
más no sabe moverse, porque el miedo
petrifica al gigante y le acobarda.

En Hall, sobre la plaza del mercado,
una iglesia espaciosa se levanta.
Para sus devociones tienen sitio
allí las *Burschenschaft* y *Landmannschäft* (1).

LXXVII.

El crepúsculo sereno
de las tardes de verano

(1) *Burschenschaft* y *Landmannschäft* no tienen traducción; porque *estudiantina* y *paisanaje* no expresan la idea de estas sociedades. Desde muy antiguo se agrupaban en Alemania los estudiantes de las Universidades, ya por países ó por provincias, ya en fin, por inclinacion, formando las *Landmannschäften* y haciendo vida comun bajo estricta sujecion á un código que sobre duelos, eleccion de jefes y otros casos, dictaba reglas. Análogas, aunque opuestas, eran las *Burschenschaften*, la primera de las cuales se fundó en Jena en 1815 por estudiantes que habian hecho la guerra de la Independencia, extendiendo su creacion á Halle, Heidelberg y otras ciudades, y llegando á reunirse en 1818 las de catorce Universidades bajo una constitucion comun. Opuestas á las primeras en cuanto aspiraban á borrar las diferencias de países, el espíritu provincial ó exclusivista que aquellas fomentaran, incurrieron estas otras en la obcecacion política; llegando el caso de procederse judicialmente contra las conspiraciones demagógicas de algunas de estas colectividades.

se extiende sobre los bosques
y sobre los verdes prados.
La luna dorada inunda
desde el cielo con sus rayos
la atmósfera embalsamada
de los perfumes del campo.

El grillo canta á la orilla
del manantial, bulle un algo
en las entrañas del agua,
el viajero oye á su paso
un murmullo y como cierta
respiracion alterando
el silencio de la noche
tranquilo, sereno, plácido.

En las aguas transparentes
del manantial, allá abajo,
se baña la hermosa ondina
en retiro solitario:
sus blanquísimas espaldas,
como sus graciosos brazos,
resplandecen de la luna
á los argentinos rayos.

LXXVIII.

Ya la noche se extiende
por los caminos largos é ignorados,
triste y enfermo está el corazon mio,
mis miembros extenuados:
pero al ménos ¡oh dulce luna! como

bendición silenciosa,
derramas sobre mí tu luz hermosa.

Dulce luna: tus vivos resplandores
ahuyentan de la noche los temores,
y por tu influjo siento
cubrirse mis mejillas de rocío
y disiparse todo mi tormento.

LXXIX.

La muerte es la noche fria,
la vida es un largo día...
Baja la sombra, y me duermo
so el peso de la agonía
de mi corazon enfermo.

Sobre el lecho se levanta
un árbol en donde canta
voz nueva de ruiseñores,
hasta en mi sueño, la santa
música de los amores.

LXXX.

¿Qué fué, díme, de aquella amada hermosa
á quien cantabas con tal dulce voz
cuando mágicas llamas abrasaban
tu ardiente corazon?

—Las llamas se apagaron; triste y frio
está mi corazon,
y este libro pequeño es la urna donde
reposan las cenizas de mi amor.